



## **Jerarquía y medios, ¿comunicación distorsionada?**

**HAY** algunos obispos de la Iglesia que cuando se comunican con los medios lo hacen de forma directa, cercana y asequible. Se recibe su mensaje. Suelen ser excepciones. Si nos referimos a las relaciones colectivas del cuerpo episcopal (obispos de España con el pueblo español) se capta una comunicación más distorsionada. Del lado de los obispos parece percibirse severa desconfianza ante los medios. Se tiene el presentimiento de que estos acabarán simplificando o manipulando los mensajes. Los medios a su vez, que no están libres de esos peligros, miran a la Iglesia, y más en concreto a la jerarquía en su conjunto, desde una lejanía evasiva y displicente. De estos conflictos tenemos cercanos ejemplos. Por citar uno, la polémica sobre la Conferencia Episcopal Española y su negativa a firmar el Pacto Antiterrorista.

No nos erigimos en juez ya que somos parte. Esta revista es Iglesia. Somos una revista de los jesuitas y también somos «medios». No nos autopostulamos como mediadores que negocian una tregua. Nuestra reflexión es menos ambiciosa: ante una situación de falta de entendimiento entre Iglesia y medios, ¿qué podemos hacer para que la

*situación mejor? Reflexionamos desde la orilla de la Iglesia. Y nos preguntamos aquí por lo que debemos hacer nosotros si queremos una relación más sana con los medios de comunicación. No nos instalaremos en la denuncia o en el victimismo quejumbroso; buscamos sobre todo levantar cabezas de puente para que se pueda pasar de una orilla a la otra. Antes de poner manos a la obra, es necesario un reconocimiento del terreno.*

### ***El diálogo entre jerarquía y medios no es nada fácil***

*NO se puede separar con un muro divisorio a la Iglesia de la sociedad. Los obispos y los católicos son ciudadanos y son lectores, a veces activos, de la prensa o telespectadores. Pero, en la medida en que se puede hacer una distinción, sí diremos que cuando la jerarquía se acerca al diálogo con los medios, de entrada se siente descolocada. Tiene enfrente un interlocutor muy distinto.*

*Los medios reflejan y configuran al mismo tiempo la actual sociedad civil. Filósofos y sociólogos subrayan en la actual sociedad algunas características. En primer lugar un centrífugo **pluralismo** de visiones. Los valores que la sociedad defiende o asume, los comportamientos que en ella se dan están hoy llamativamente fragmentados. Un apreciable filósofo ha hablado de la «macdonalización» que no es exclusiva de cadenas de «fast food». Los individuos no forman una comunidad humana sino que se agrupan en un gregario individualismo. Segundo rasgo: el mercado que traspasa las fronteras nacionales, el consumo, el trabajo y los medios de comunicación, han transformado nuestra «aldea global» en un **inmenso patio de vecindad** donde en pocos segundos los trapos sucios de un rincón lejano se airean en las pantallas de todos. Ante esa amenaza, la búsqueda neurótica de*

*privacidad. Buscar guarida en nuestro pequeño rincón y echar mano de lo útil, lo rentable, lo que está más cerca.*

*Como resultado miedoso de esta situación, un descarnado **individualismo**. La «modernidad psicológica», por utilizar el término ya conocido de Baudrillard, no subraya la dimensión de la persona como miembro de una comunidad sino que acentúa el «derecho» del individuo a su autorrealización, a tener sus propias ideas y sentimientos personales. El «sálvese quien pueda» nos hace amontonar en la balsa los cachivaches que nos salven del naufragio individual y hagan nuestra travesía (¿hacia dónde?) un poco menos insegura. Se acude a los mayores para recibir su patrimonio, pero no la herencia de los valores ético-morales o religiosos. Y lo importante es que cada uno se autorrealice y eche mano de «lo que le vaya». A veces habrá que guardar unas ciertas apariencias. Y entonces el «individualismo expresivo» (Bellah) domesticará en beneficio propio las ideas, las formas de vida y hasta la religión si se deja.*

**DEL** otro lado de la mesa de diálogo, lo que los obispos predicán (ino tanto, lamentablemente, lo que con frecuencia vivimos!) está en otra longitud de onda. Frente al coleccionable de cosmovisiones desplegadas en los tenderetes de las calles, la Iglesia profesa un Credo intocable que viene de siglos. El Evangelio de Jesús de Nazaret y sus bienaventuranzas deja pocos resquicios para el pragmatismo interesado y, más que al pájaro en mano, se apunta a los cien que siguen volando. Y la «autorrealización» que la Iglesia propone tiene poco que ver con la seguridad personal a cualquier precio. El mensaje que la Iglesia proclama («Se es mucho más feliz cuando se da que cuando se recibe») es el de aquel profeta ambulante de Nazaret del siglo primero, que enseñó y vivió, de un modo

*insuperablemente ejemplar y coherente, una manera nueva de ser persona.*

*Por si fuera poco, las distonías no acaban aquí. Las sociedades modernas se presentan como democráticas. La Iglesia, aun no pudiendo ser democrática del todo, está lejos de ser todo lo democrática que podría ser. En las sociedades civiles, las leyes y los principios metajurídicos a los que esas leyes se remiten se deciden en las urnas. En la Iglesia hay un Evangelio, unas enseñanzas intocables y una jerarquía que las enseña y predica. Y un exceso de celo o un miedo excesivo a lo que podría en ocasiones llevar a la Iglesia a reducir en exceso las parcelas de lo opinable y lo discutible. Si esto es así, no es del todo extraño que pase lo que pasa.*

***En los últimos años la jerarquía no sólo ralentiza el paso sino que retrocede***

***EN*** el Concilio Vaticano II la Iglesia arriesgó una seria aproximación y los medios respondieron con una acogida amistosa y en ocasiones entusiasta. Aceptó la Iglesia solemnemente en aquel concilio la autonomía de las realidades terrenas. Los medios de comunicación, decía, están al servicio de la comunidad humana y su progreso. Cuando ofrecen una información sobre lo que sucede en el mundo hacen posible, más que una coexistencia educada de personas, una comunidad humana. Y al decir esto la Iglesia se refería no sólo a la sociedad civil, sino también a ella misma. Afirmaba así que también en la Iglesia es absolutamente necesaria una discusión abierta y la libertad de opinión y de palabra. La persona humana no es un eterno menor de edad que hay que educar, sino un «yo» que debe elegir en libertad por sí mismo. En este proceso, una información lo más veraz y desinteresada constituye una ayuda inestimable.

*Pero junto a los buenos propósitos, la sombra inevitable de las conductas. Los papas del siglo XIX –cierto es que las circunstancias socio-políticas no predisponían mucho a otra cosa– condenaron la libertad de prensa y opusieron un rechazo frontal a lo moderno. El Vaticano II no contradujo –ni podía hacerlo– las definiciones dogmáticas del Vaticano I, pero sí dio un giro espectacular. Quiso desterrar una actitud de desconfianza muy extendida ante los medios de comunicación, reconoció que la presentación del mensaje no cierra las puertas a toda discusión y crítica y afirma que la comunión eclesial debe ser posible aun en medio de las diferencias. La instrucción pastoral «Comunión y Progreso» (Pablo VI, 1971) recogía y alentaba estos propósitos.*

*LOS demonios familiares no se nos despegan nunca del todo. Una responsable libertad de opinión parece molestar en algunos círculos. Se diría que para ellos el ideal es una presentación de la doctrina sin fisuras y una acogida calurosa sin matices. (¿Se nos habrá infiltrado también en la Iglesia la frase de que «el que se mueve no sale en la foto»?). Un signo de esta reconducción podría estar en el nuevo Código de Derecho Canónico de 1983. Un apartado de doce cánones se refiere a los medios de comunicación social. Acentúa la verticalidad de las comunicaciones. Cuando se habla de los medios, se subraya su carácter de instrumentos de la tarea evangelizadora de la Iglesia. Pocos años más tarde, la instrucción de la Congregación para la Doctrina de la Fe (1990) sobre la misión del teólogo hace una presentación negativa de los medios como instrumentos que ejercen una manipuladora presión sobre la opinión pública. En los zigzagúeos no infrecuentes que se dan en documentos de segundo orden, otro documento («Aetatis novae», 1991), que conmemora el XX aniversario de la «Comunión y Progreso», quería reavivar el espíritu de*

*aquella. Pero lo hacía con cautelas, con reducción de marchas y recordaba que los medios fomentan «el secularismo, el consumismo, el materialismo y la alienación humana». Y cuando citaba el canon 212 del Derecho Canónico, recogía la afirmación de que los fieles tienen el derecho de «comunicar a sus pastores espirituales» su propia opinión. Pero cortaba ahí y omitía la frase siguiente, también del Código, «y manifestarla a los demás fieles». Parecería como si temiera que en un pequeño descuido institucional el Código se hubiese ido de las manos. Una nueva Instrucción de la Congregación para la Doctrina de la Fe de junio de 1992 quiere reunir y recordar de nuevo las normas vigentes. La parte del león de esas normas se la llevan conceptos tales como prohibiciones, vigilancia, censura.*

**¿Hay que resignarse a lo que pasa y renunciar a lo que debe pasar?**

**DE** ninguna manera. Decíamos al principio que nos fijábamos sólo en nuestra orilla de Iglesia. Es claro que la sociedad civil y los medios que en ella trabajan y de algún modo la configuran, también ellos están aquejados de intenciones interesadas, de actitudes no siempre limpias, de tics peligrosos, de peligro de manipulaciones. Pero la jerarquía no debe salir a la calle para atravesarla deprisa, resguardada con espeso paraguas contra el aguacero de la opinión pública e impaciente por recogerse cuanto antes bajo techo seguro. Salir a dialogar exige sentarse en los corrillos de los medios, aunque diluvie, porque quiere y debe hacer presente su mensaje. Para eso está, si no quiere limitarse a pastorear a los incondicionales ya convencidos, que aun así están expuestos a dejar de serlo.

***Esta salida a la calle exige el cambio  
de algunas actitudes***

**P**ARA dialogar con los medios en la calle hay que estar en la calle. Tiene por tanto la Iglesia, y cuantos en ella estamos, que acercarse a la sociedad civil con la humildad de querer ver la realidad y aceptarla, hasta donde nos sea posible, como es. En la calle la Iglesia no es la maestra que enseña y transmite un depósito de verdades; es un grupo de personas, que tienen fe en una Persona y su mensaje, que los católicos desean compartir, que no imponer, con todos aquellos que libremente lo acepten. Si alguna vez la tuvo, hoy la Iglesia no posee ya en la sociedad la exclusiva de los principios y de la ética. Es simplemente una voz más. Si suscita respeto y aceptación no será por la grandeza histórica de la institución, sino por el peso de las razones que expone y el ejemplo con que las lleva a la práctica.

Para dialogar hay que comunicarse con sencillez. Con frecuencia el lenguaje de los documentos episcopales es largo, prolijo, con poco brillo y sin mucho gancho, por haber sido sometido a exquisitas matizaciones. La imagen del pastor y las ovejas tiene una profunda raigambre bíblica y hasta filosófica. Pero basta con repetirlo unas cuantas veces cansinamente y sin mucha convicción para que los oyentes cercanos dormiten y los espectadores de lejos encuentren a los católicos «rebañizados». El trabajo de técnicos en medios de comunicación, de serias convicciones religiosas, sería una ayuda imprescindible para mejorar la comunicación.

Para dialogar deberemos emplear mucho más el lenguaje de la experiencia y el testimonio que el de la clase magisterial larga, repetitiva, incomprensible y frondosa hasta un aburrido enmarañamiento. Nuestro tiempo, diría Pablo VI con certera lucidez, *prefiere los testigos a*

*los maestros y a éstos los acepta cuando son también testigos. Los medios se harán eco y hasta podrán quedar impactados por el mensaje de la Iglesia, que es memorial y recuerdo, cuando ese mensaje es revivido ejemplarmente como memorial y no sólo exhumado de gruesos tratados que atesoran tradiciones históricas. Los católicos, sobre todo cuando buscamos el diálogo, tendríamos que intentar meternos en la piel del otro para sentir allí ciertas preguntas y, siempre desde allí, ofrecer balbuceos de respuesta. No nos veamos como gentes que están de vuelta y dejan caer al paso algunas migajas de sus «arcanas doctrinas».*

*UN gran pensador católico de nuestro siglo escribió: «Dios se ha obligado a dejarnos libres para creer o no creer en Él. Ese Dios discreto ha colocado una apariencia de probabilidades en nuestras dudas sobre su existencia». La Iglesia, los católicos, si queremos estar donde debemos estar, tenemos que empaparnos más de ese estilo de Dios. Y si es así, sintonizaremos mucho más limpiamente con muchas de las aspiraciones y posibilidades de los hombres. No son pocas las personas que buscan o necesitan no una doctrina bien trabada o una institución de peso, sino una ayuda y una palabra cálida, estimulante, humana. Un antiguo convento asturiano, hoy convertido en hotel, conserva en los muros de su refectorio la siguiente frase: «Si pretendes cerrar la puerta a todos los errores, estás dejando fuera la verdad». Debemos atravesar el puente que va a la sociedad y a los medios sin girar continuamente la cabeza a un lado y a otro para prevenir peligros. Porque en el mundo de los medios tan importante como el «qué» es el «cómo».*